

co; pues su objeto había sido entablar desde allí negociaciones con los mexicanos, ó si no lograba esto, imponerse de sus designios respecto de él.

De aquí mandó á Sandoval contra Huastepic y Yacapichla, y promovió nuevas negociaciones con los mexicanos, que le salieron infructuosas; y habiendo salido el 5 de Abril con treinta caballos, trescientos infantes españoles y veinte mil aliados, caminó por el Mediodía, sujetando todos los pueblos que encontraba al paso, hasta llegar á Cuernavaca, cuya conquista empezó; y habiéndola concluido, y dirigiéndose por el Norte, emprendió la de Xochimilco, ciudad situada en las orillas del lago de Chalco, y la mayor del Valle después de México. De aquí pasó á Coyoacán, de donde prosiguiendo su rodeo por los lagos, fué á Tlacopan, luego á Texcoco, y de vuelta por tercera vez á esta ciudad, reprimió una conjuración en que algunos partidarios del gobierno de Cuba trataban de acabar nada menos que con su vida y con la de sus principales capitanes.

En fin, el 28 de Abril se botaron al agua los bergantines; hizo Cortés revista de sus tropas, en la que vió con satisfacción que contaba ochenta y seis caballos, más de ochocientos soldados españoles, tres cañones de hierro grandes, quince de cobre menores y multitud de balas y saetas, aumento que había debido al socorro que últimamente había llegado de España: les arengó energicamente á sus tropas y mandó excitar á todas las ciudades aliadas para que le mandasen las más tropas que pudiesen, con lo que quedaron concluidos los preparativos del asedio de México.

El 20 de Mayo hizo Cortés la distribución de sus tropas para proceder luego al asedio de México, que debía asegurarles la conquista de estas tierras; dió á Pedro de Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados españoles con tres capitanes, veinticinco mil tlaxcaltecas, dos cañones y veinticinco mil aliados; y le mandó que ocupase á Tlacopan á Gonzalo de Sandoval, con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados españoles con dos capitanes, dos cañones y más de treinta mil aliados, lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan y acampase allí; y él mismo tomó el mando de los bergantines, en los que distribuyó el resto de sus tropas españolas. Concluida esta distribución, todos salieron de Texcoco para dirigirse á sus respectivos puntos: Alvarado y Olid marcharon para Tlacopan, en cuya marcha ocurrió un incidente que motivó el suplicio de Xicotencatl el joven, noble tlaxcalteca mandado ahorcar por orden de Cortés; Sandoval partió para Iztapalapan, y Cortés en sus bergantines á auxiliarlo en la toma de esta ciudad, atacándola por la parte que estaba situada en el agua. Alvarado y Olid trataron luego de cortar el acueducto de Chapultepec; mas fueron rechazados hasta Tlacopan, de donde partió Olid para Coyoacán el 30 de Mayo, que según Cortés, fué el día en que comenzó el asedio.

Rindióse Iztapalapan por los esfuerzos de Cortés y Sandoval; mas antes de que se rindiera del todo, aquel determinó dirigirse con sus bergantines, la mitad de las tropas de Coyoacán y cincuenta infantes escogidos de Sandoval, sobre México. Así lo hizo en efecto, y habiendo hecho una salida, rechazó á los mexicanos hasta dentro de la ciudad, se acercó á los arrabales y quemó algunos de ellos. En esto notó Alvarado que por la calzada del Norte les entraban á los mexicanos socorros: dió parte de esto á Cortés, quien mandó luego á Sandoval que se dirigiese con sus fuerzas á aquel punto, quedándoles de este modo interceptada á los mexicanos toda comunicación con la tierra firme.

Con quinientos españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, hizo Cortés su primera entrada á México, de la que después de haber hecho un grande estrago, se retiró por el camino de Ixtapalapan, quemando las casas que á su lado se encontraban. El número de las tropas auxiliares ascendió entonces á

200,000 por la confederación que cada día hacían nuevos pueblos con los españoles; y Cortés con todas estas fuerzas hizo tres días después su segunda entrada, en la que haciéndose dueño de las trincheras y de los fosos, llegó hasta la plaza mayor en que estaba edificado el templo, y de aquí volvió á retirarse con las tropas de Alvarado y Sandoval que le auxiliaron en aquella expedición. Nuevas entradas hizo luego en la ciudad, y los combates se repetían diariamente, porque Cortés verificaba siemprev su retirada, no queriendo ni dejar guarniciones en las trincheras de que se apoderaba, por no exponerlos á la saña de los mexicanos, ni acampar dentro con todo su ejército, por no quedar expuestos á sus ataques nocturnos, y sobre todo porque así les entrarían socorros, cuya llegada impedía él también desde su campamento de Xoloc.¹ Cada día eran mayores las ventajas del ejército de Cortés sobre el de los mexicanos: la mayor parte de las ciudades del lago que en sus continuas entradas en la capital, pudiéran haberlo atacado por la retaguardia, ó por la vanguardia en sus retiradas y haberle causado grande estrago, mientras las tropas de la capital se lo causaban por el lado opuesto, vinieron á confederarse con él aumentando el número de los aliados y proporcionándole más de dos mil barcas para que auxiliasen á los bergantines en sus operaciones. Con estas nuevas fuerzas hizo Cortés nuevas entradas en la capital, no consiguiendo en ellas sino únicamente el medio de comunicarse libremente con Alvarado que acampaba en Tlacopan. Este por su parte hizo una entrada en Tlatelolco, de donde fué rechazado con gran pérdida por las hazañas de un tlaltelolqués que inflamaron el pecho de los soldados mexicanos, haciéndoles desplegar un denuevo inaudito. Veinte días se pasaron sin que los españoles hicieran otra cosa que repetir entradas y salidas infructuosas en la capital, al cabo de los cuales, instado Cortés por sus soldados á dar un golpe decisivo, mandó á Sandoval y á Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlacopan, para que empeñados los mexicanos en seguirlos, él pudiese entrar por otro lado con su ejército.

Alvarado y Sandoval fingieron levantar su campo: Cortés, distribuidas todas sus fuerzas, emprendió su marcha, y los mexicanos, que muy bien comprendieron aquel ardid, abandonaron al principio las trincheras, para que los españoles se apoderaran de ellas, y cargando luego sobre ellos, les hicieron tal estrago, que los obligaron á retirarse. En su retirada, el ejército español dió con un foso que á la vista cegado, no lo estaba sino por débiles juncos que cubrían su superficie. Se precipitó en él, se hundió, y en aquel conflicto en que unos soldados se ahogaban, otros medio muertos salían de él á nado, y otros retrocedían espantados, entregándose en manos de los enemigos que los seguían, Cortés con voz robusta los animaba en vano; volvía á los mexicanos, se introducía entre ellos, y con la fuerza de un alcides los derribaba. En medio de esta confusión, un soldado mexicano logró apoderarse del caudillo español, á quien habrían podido haber dado ya muerte, mas de quien querían apoderarse vivo para sacrificarlo á sus dioses; y en gran triunfo lo conducía ya para el templo, cuando Olea, intrépido soldado de Cortés, descargó sobre su brazo tal golpe, que separándose del cuerpo, dió tiempo al general para que desprendiéndose se salvara, impidiendo así que los mexicanos obtuvieran una victoria completa: á salvar á Cortés de aquel peligro contribuyeron también eficazmente Ixtlixochitl, príncipe de Texcoco, y Temacatzin, esforzado tlaxcalteca. Los españoles se retiraron confusos, con su general herido en una pierna, y los mexicanos volvieron victoriosos y con grande ánimo para nuevos combates.²

¹ Era una altura especie de fortificación de que desde el principio del ataque de Ixtapalapan se había apoderado.

² La pérdida que tuvo Cortés, según Bernal Díaz del Castillo, en ese día, fué de siete caballos, gran número de armas y barcos,

Seguían los españoles en su campamento reponiéndose de tan gran descalabro, y Cortés que siempre velaba sobre no permitir que los mexicanos recibiesen socorro por ningún lado, mandó que los bergantines siguieran recorriendo los lagos, en los que tuvieron algunos encuentros con las piraguas de los mexicanos que les ocasionaron á ambos pérdidas considerables. Mandó también un mensaje al rey de México, proponiéndole la paz con la condición de que reconociese por su señor al rey de España; más Cuauhtemotzín, después de haber consultado á los sacerdotes, le contestó, que él y sus súbditos estaban resueltos á espirar antes que consentir en ser sus esclavos. En tan dura posición mandó Cortés todavía á Tapia á que auxiliara la ciudad de Quauhnahuac amenazada por los malinqueses, y á Sandoval al valle de Toloacan á que socorriera á los otomites que habían mandado pedirle favor contra los matlatzinqueses; presto volvieron éstos con nuevos aliados de aquellos mismos pueblos que habían salido á combatir; y habiendo llegado entonces también á Veracruz nuevos refuerzos de España, se vió Cortés, como dice Clavijero, con un ejército mayor que el que Jerjes envió contra Grecia. Entretanto, Chichimecatl, diestro general tlaxcalteca, hizo una entrada en la ciudad con sus soldados tlaxcaltecas, funesta para los mexicanos, quienes en venganza atacaron de noche el campo de Alvarado: los españoles y los aliados corrieron á las armas, duró el combate tres horas, al cabo de las cuales Cortés había hecho ya una entrada en la ciudad, aprovechándose de aquella coyuntura. Viendo Ixtlixochitl, que los combates eran muchos y pocas las ventajas, aconsejó al caudillo español que toda hostilidad se suspendiera desde entonces, hasta hacer rendir la ciudad por el hambre, para lo cual no había más que impedir del todo la entrada de víveres. Así se resolvió á hacerlo Cortés, agradecido por tan prudente consejo; más no pudiendo contentarse su ánimo inquieto y belicoso con la inacción, á los pocos días volvieron á romperse las hostilidades, no sin enviar antes á Cuauhtemotzín nuevos mensajes, cuyo éxito fué tan malo como el de los anteriores.

Los mexicanos, á pesar del hambre que los acosaba, estaban resueltos á morir antes que ceder; mas Cortés, viendo su obstinación, y sin dejar de admirar su constancia, se determinó á entrar en la ciudad destruyendo todas las casas, para quitar á los enemigos el refugio de las azoteas, y después de varias entradas de poca consecuencia, el 24 de Julio hizo una, en que quedando en su poder tres partes de la ciudad, no le restaba ya más que Tlatelolco, donde se habían refugiado el rey y la nobleza, para llegar al término de su empresa. El 25 se hizo dueño de una calle principal en que había un foso tan ancho, que el día lo empleó en cegararlo para poder pasar, dando en tanto lugar á los mexicanos para que construyesen nuevos puntos de defensa á falta de las azoteas. El 26 se tomaron todos estos nuevos puntos: Alvarado se adelantó hasta dos torres que había cerca del palacio en que estaba el rey, donde se detuvo por los anchos fosos que allí habían, y de donde fué rechazado por el denuevo de los enemigos.

Cortés, por su parte, después de haber allanado los pasos difíciles, salvó la trinchera y el foso que le impedían la entrada al mercado, se reunió con las tropas de Alvarado, y habiendo visto que sólo una octava parte de Tenochtitlán le faltaba para hacerse dueño de ella, y movido por el estado miserable en que encontró á sus habitantes, mandó que cesasen las hostilidades é hizo nuevas proposiciones de paz, tan infructuosas como las anteriores. Al cabo de cuatro días de entera quietud por ambas partes, reiteró Cortés sus proposiciones de paz, que volvieron á ser desechadas; y no pudiendo ya tole-

rar tanta repulsa, dió orden á Alvarado para que entrase á fuego y sangre por una calle, mientras él se dirigía por otra. Grande fué el destrozo que en los mexicanos hicieron aquel día: el pueblo, hambriento, espantado, y ya casi sin vida, vagaba por las calles implorando la misericordia de sus dioses; sus ahullidos, que llenaban los aires, llegaron á los oídos de Cortés, quien conmovido por tanta desgracia, mandó que cesara la carnicería, y se dirigió á unos nobles que guardaban una trinchera, pidiéndoles que suplicasen á su rey tuviese una entrevista con él. Aquellos nobles, que deseaban ya la terminación de tanta calamidad, se dirigieron al palacio de Cuauhtemotzín con el mensaje de Cortés; más el rey, después de varias evasivas, vino en no conceder al general español lo que pedía, por lo que Cortés irritado y enfadado ya, reunió todas sus tropas, y en poco tiempo se hizo dueño de las fortificaciones de más cuantía que les habían quedado á los mexicanos, mientras que Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Este fué el día en que los mexicanos tuvieron la pérdida mayor de gente desde la llegada de los españoles, y en que las miserias del pueblo de la mayor ciudad de Anáhuac llegaron á su colmo.³

En fin, el 13 de Agosto de 1521, después de haber distribuido en buen orden todas sus tropas y de haber mandado á Sandoval que con los bergantines guardase la salida de Tlatelolco por el Norte, se dirigió Cortés á dar el último ataque al único punto que les quedaba á los mexicanos. Antes de proceder á él, mandó nuevo mensaje á Cuauhtemotzín con proposiciones de paz: "indújolo á esto, como dice Clavijero, no sólo la compasión de tantas miserias, sino también el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los mexicanos privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrían echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y más prácticos en el conocimiento de las cosas y de los usos del país, se aprovecharían de la confusión del asalto, y poco ó nada dejarían á los españoles." Infructuoso por última vez este mensaje, se procedió al asalto, y los soldados de Cortés y los aliados á pesar de la orden del general hicieron una carnicería tan espantosa, aun en los hombres, mujeres y niños que se les habían venido á rendir, que quedaron muertas quince mil personas.⁴ Muchos nobles y el rey con toda su familia y los reyes de Tlacopan y Texcoco, se escaparon en piraguas á pesar de la diligencia de Sandoval, quien tan luego como supo su huida, mandó en su alcance á García Olguín en un ligero bergantín. Este los hizo prisioneros y los llevó á todos á presencia de Cortés. —Soy vuestro prisionero, dijo Cuauhtemotzín á Cortés; y viéndole el puñal que traía en la cintura: quitadme la vida, continuó, con ese puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino.

—No temais, valiente Cuauhtemotzín, le respondió Cortés, pues sois prisionero del mayor monarca de Europa, de cuya bondad, no sólo debéis esperar que os vuelva la libertad, sino el trono de vuestros mayores que tan bien habéis sabido defender. Mandad á vuestros súbditos que se rindan y que salgan de la ciudad sin armas y sin carga, y las hostilidades entre españoles y mexicanos cesan desde este momento.

Por espacio de tres días con sus noches, las calles de Tenochtitlán se vieron llenas de hombres, mujeres y niños, que pálidos y casi moribundos, le abandonaban con el llanto en los ojos y el dolor en el corazón.⁴

Así, á fuerza de constancia y valor, llegó Cortés á ver realizados sus ensueños: México quedó conquistado des-

¹ Clavijero asegura que entre muertos y prisioneros se contaron más de doce mil.

² Cortés en una carta al emperador dice, que la pérdida de los sitiados ascendió ese día á más de cuarenta mil personas entre muertos y heridos.

³ Bernal Díaz.

⁴ Bernal Díaz.

pués de un sitio de setenta y cinco días, el 13 de Agosto de 1521, el tercer año del segundo período del siglo mexicano, ciento noventa y seis años después de su fundación y á los dos años tres meses veintitrés días de haber arribado á estas tierras el conquistador.

Juzgar á un hombre según el espíritu de la época en que se recuerdan sus hazañas, y querer que éstas estén en todo conformes con aquel, es uno de los mayores errores que puede cometer el espíritu humano: las ideas, los usos y las costumbres son diversas de las que fueron norma de sus acciones, y lo que entonces era una virtud, es hoy quizá un vicio; y lo que una heroicidad, un hecho común. ¡Tal es la inestabilidad de las opiniones de los hombres! Cuando tratamos de presentar, por ejemplo, un personaje de la edad media, debemos remontarnos á ella, revestirnos de sus hábitos é inculcarnos sus ideas para no ver en la acción bárbara hoy de dos caballeros que se desafiaban á muerte, sino una prescripción del honor; y en ellos, por consiguiente, dos almas grandes que no hacían más que acatar la ley de uno de sus ídolos. No quiere decir esto que nos apasionemos de tal suerte, que ciegos, justifiquemos lo que en sí es digno de vituperio, pues que la única utilidad de la historia consiste en las lecciones que suministra á la posteridad; mas si que respecto de los personajes y de las cosas de lo pasado, no debemos ser tan ligeros como deberían obrar hoy, ó porque no fueron como deseáramos hoy que fuesen. De esta ligereza, de esta falta de conocimiento de su siglo, se resentían quizá algunos juicios que se han emitido sobre Cortés, así como del defecto contrario, de una ciega pasión pecan otros.

Un célebre escritor francés ha dicho hoy, refiriéndose á lo literario, que hay tres clases de hombres de ingenio; unos que van con el espíritu de su época, otros con el que ha vivificado siglos anteriores al suyo; y otros, en fin, que por una especie de adivinación acompañan al que dominará los tiempos posteriores al en que viven, lo cual puede también decirse de los guerreros; y en este caso, en la primera clase citaría yo á Cortés que fué del siglo XVI y obró según su espíritu; y en la segunda á Napoleón que fué del XIX y obró según las ideas del XVI.

El derecho de conquista era en este siglo derecho reconocido por todos, que se tenía además como sagrado; y el que emprendía una conquista era tenido por héroe. Cortés emprendió la de México, y en su siglo fué considerado como héroe, ¿por qué, pues, nosotros que lo contemplamos en época tan remota, le hemos de negar este título, cuando no decimos á la generación que nos escucha, imítalo, sino únicamente admira lo que hizo en un siglo en que la fuerza era la ley suprema, así como le diríamos hoy, que admirara al que sin el aparato salvaje de las armas, y sólo con la convicción del raciocinio dominase á los hombres? Cortés como conquistador de México, es grande, porque los hombres prueban su grandeza de alma, según lo más ó menos árduo de las empresas á que se arrojan; y si reflexionamos sobre varios de los pasajes que llevamos expuestos de su vida, veremos en cada uno de ellos confirmada la aserción anterior: fué constante, y su constancia no es quizá lo que menos contribuye á su gloria. Por otra parte, hijo querido de la fortuna, ésta le allanaba la senda escabrosa de la conquista; sin las rivalidades de las naciones de Anáhuac, Cortés hubiera perecido con su puñado de españoles; si México no hubiera sido conquistadora, no hay duda en que no hubiera sido conquistada.

Hábil político Cortés, supo aprovecharse de estas dimensiones; poco necesitó para persuadir á las naciones subyugadas que venía á ayudarles á sacudir su yugo, y aliado con ellas, las supo hacer instrumentos de su engrandecimiento. La fortuna lo guiaba por todas partes, ¿y qué conquistador ha habido á quien ésta no haya cubierto siempre con su égida?

En cuanto á los sentimientos del corazón, no se encontrará tal vez á Cortés muy limpio de tacha: su piedad será desmentida con la horrible catástrofe de Cholula, el suplicio de Xicotencatl, etc.; y su gratitud con el indigno tratamiento que usó con Motecuhzoma; más fácil es vencerse de que en su posición cualquiera debía ahogar estos sentimientos para poder llevar á cabo una empresa que requería un corazón de hierro. La ambición, la avaricia lo dominaban..... ¿Quién es el hombre exento de vicios que pueda presentarse á los demás como modelo?

III

Consumada la conquista, Cortés quiso apoderarse de los tesoros reales, para lo cual no perdonó medio ninguno, ni el de aplicar el tormento á Cuauthemotzín, y á uno de los nobles de más importancia,¹ á quienes no pudo arrancar el secreto, ni con semejantes violencias; y cuentan los historiadores que después de este suceso siempre andaba Cortés al lado de Cuauthemotzín, á quien trataba con aprecio y aun con respeto, quizá para captarse la benevolencia del pueblo, del que no dejaba que temer que se sublevase.² El botín lo distribuyó entre sus soldados y los aliados y reservó el quinto para el Emperador, con multitud de esclavos de ambos sexos que mandó que se marcase con el sello real: en esto y en recibir las embajadas de las naciones de la comarca, se empleó Cortés el resto de 1521. En 1522 pasó á Coyoacán, en donde nombró el Ayuntamiento de México, que residió en esa ciudad algunos años, é hizo allí el repartimiento de terrenos entre sus soldados y los naturales; escribió una carta al Emperador dándole cuenta de cuanto había pasado y suplicándole que se le quedase á esta tierra el nombre de Nueva España, y que jamás se enajenase de celo religioso una guerra á cuanto pertenecía á los mexicanos que sin distinción lo destruyó todo, y con ello la gloria de la nación azteca. Cortés se veía falto de pólvora para continuar sus expediciones, y mandó en el acto que se sacase azufre del Popocatepetl; envió en seguida embajada con Olid y Sandoval al rey de Michoacán, quien le envió á su hermano, después del que vino él mismo en persona á conocer á tan temible conquistador, y á prestarle obediencia. Mientras tanto Cortés proyectaba la conquista de Idueras³ y de Oaxaca, para las que pensaba en Olid y en Orozco; mas antes de esto mandó que se reedificase México, para lo cual hizo la distribución de terrenos. Fué entonces también á Pánuco y á Tabasco á quitar el mando de estas provincias á Garay que las gobernaba en nombre de Carlos V, y de vuelta de esta expedición, viendo que ya estaba asegurada su dominación, promovió que se trajesen mujeres españolas, ganados y toda clase de semillas de las islas y de España; prometió grandes premios á los artesanos que quisiesen pasar á México; abrió el camino de México á Veracruz; y mandó, en fin, una expedición al reconocimiento de las costas de la mar del Sur.

En esto arribó á Veracruz Cristóbal de Tápia, á quien Diego Velázquez, que como ya hemos visto, se había tornado en enemigo implacable de Cortés, mandaba con el nombramiento de gobernador de México que había solicitado del Emperador. La guarnición de aquella ciudad le detuvo y mandó luego noticia á Cortés, quien consultado el Ayuntamiento de México, mandó decir á Tápia que olvidando aquel nombramiento, pasase con su gente á poblar á Medellín, ciudad que poco antes había fundado Cortés en memoria de su patria, en lo que Tápia, que

¹ Todos los historiadores están conformes en esto.

² Torquemada dice que Cortés andaba siempre con Cuauthemotzín, únicamente por participar de las demostraciones de respeto que el pueblo hacía al que había sido su rey, de suerte que en dos palabras nos convierte á Cortés en fátuo. Confieso que yo no paso á dar crédito á semejante aserción, á pesar de ser hecha por la gravedad de Torquemada.

³ Honduras.

debía de ser poco ambicioso, convino presto; más á quien Cortés, obligado por motivos poderosos, envió luego á España. Mientras esto pasaba con Tápia, nombró Cortés á Alvarado para la conquista de Quauhtemalán (Guatemala); y con estos acontecimientos y el hambre espantosa que afligió á México, pasó el año de 1522.

Hasta principios de 1523, la autoridad de Cortés, dimanó únicamente de la voluntad de su ejército: el Emperador no lo nombró gobernador y capitán general, sino hasta este año en que llegaron á México los despachos de España, en donde Ordaz, Montejo, y el mismo Martín Cortés, padre del conquistador, burlando las esperanzas de Velázquez, obligaron al Emperador á que le confiriese aquellos nombramientos, después de haberle presentado los presentes que el conquistador le enviaba. En las instrucciones que el Emperador mandó entonces á Cortés, le prescribía que trabajase incesantemente en acabar con ta idolatría en estos países, inspirándoles á los indios antes confianza que miedo; anuló los repartimientos que había hecho y mandó que no se hiciese esclavo á ningún mexicano, y que los que allí lo habían sido, se diesen desde entonces por libres. Mandó además que Cortés nombrara por entonces los regidores de los Ayuntamientos, de los que señaló doce á México, como Capital de la Nueva España, y seis á las demás ciudades; mandó también que se les impusiera un tributo moderado á los indios, y que los pleitos en que se litigase una suma que no pasase de mil pesos fuesen sentenciados por Cortés, teniendo que ocurrir á la audiencia de la Isla Española, si la suma era mayor; eximió al reino de México, por ocho años, de las alcabalas, y por diez del quinto del oro y plata; encargó igualmente á Cortés que cultivara la verdadera grana que se decía había en estas regiones, y que mandara expediciones á descubrir si había algún estrecho que comunicara el mar Atlántico con el Océano índico (el Pacífico ó mar del Sur), y por auto librado en Pamplona el 22 de Octubre de 1522 se obligó á no enajenar, ni él, ni sus descendientes el reino de México de la corona de Castilla.

Cuando llegaron á México todas estas disposiciones del Emperador, hubo en el acto disensiones: los hombres de intenciones rectas aplaudieron la disposición que volvía la libertad á los esclavos; mas los de ánimo perverso, á quienes les había tocado parte de ellos, no llevándola á bien, obligaron á Cortés á que representase al Emperador los inconvenientes que de ella resultarían. Mientras que Cortés recibía las felicitaciones por sus nuevos empleos, tuvo la noticia de que había arribado á Veracruz el Lic. Zuaso, grande amigo suyo, á quien mandó que se condujese á México para que hiciese con él veces de asesor aconsejándole en el gobierno. Llegado á México Zuaso, supo luego Cortés que Garay, á quien había quitado el gobierno de Pánuco y Tabasco el año anterior, había arribado en las costas del Norte con una armada respetable: aquel temió al principio; mas sabiendo después que la mayor parte de los soldados habían abandonado á Garay, y que este imploraba su benignidad por conducto del Lic. Zuaso, lo hizo pasar á México, en donde lo hubiera casado, si antes no hubiera muerto, porque consideró, que usar de misericordia para con los vencidos, es ganarse amigos verdaderos. Terminó este año con la juración de los mexicanos porque no se les había puesto en libertad, como lo había mandado el Emperador, juración que presto ahogó Cortés, con haber mandado éste á Cristóbal de Olid á la conquista de Idueras, y á Orozco á Guayaccic (Oaxaca), y con la apertura del camino de México á Tampico, y la construcción del muelle de este puerto.

En el año de 1524, llegaron á México los oficiales del tribunal de cuentas que se estableció en ese año, los cuales eran: Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralminde Chirinos, veedor. Estos, que vieron que lo que se decía

del oro abundante de estas tierras, no estaba de acuerdo con lo que á ellos les pasaba, y que creían que Cortés era quien recogía todos los tesoros de este Nuevo Mundo, en mengua de los intereses de ellos, informaron luego contra él al Emperador, haciéndole aparecer á sus ojos mal, bajo todos aspectos. Cortés que conoció el espíritu de los oficiales reales, se preparó á la lucha; mas anduvo tardo en aprestar sus armas para combatirlos, pues cuando él mandó nueva embajada y regalos al Emperador, aquellos lo habían informado ya contra él, pidiéndole que enviase un juez pesquisidor para que averiguara la muerte de Garay que ellos se la imputaban á Cortés. Entretanto, éste que había sabido que Cristóbal de Olid, hecha la conquista de Idueras, se había sustraído de su obediencia, impelido por un espíritu de venganza, publicó una jornada á Idueras contra el traidor. Sus parciales trataron de disuadirle de semejante empeño, haciéndole presente que con ello se exponía á perder á México; mas todo fué en vano, porque después de haber nombrado á Estrada y al Lic. Zuaso, gobernadores de México, (quizá para ganar aquel con esto) y de haberles agregado á Albornoz por consejo perverso de Salazar, á quien junto con Peralminde Chirinos y los reyes destronados de México, Texcoco, Tlacopan y Azcapotzalco, determinó llevar consigo, salió de México para Coatzacoalcos, de donde habiendo sabido que al abandonar él á México, habían reñido Estrada y Albornoz, mandó á Salazar y á Chirinos para que los castigasen. Allí supo que Olid había puesto preso á Francisco de las Casas, lo que le obligó á apresurar su marcha, sin saber que éste venía ya á grandes jornadas por Cuauhtemalán á darle parte de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, le había muerto alevosamente.

Mientras Cortés se dirigía de Coatzacoalcos para Idueras, pasaban en México sucesos inauditos: Salazar y Chirinos, de vuelta ya con la orden de Cortés para promover el proceso de Estrada y Albornoz, quisieron hacerlo ruidosamente; mas temiendo un levantamiento, dejaron la decisión de aquel negocio al Lic. Zuaso, quien declaró que era voluntad de Cortés que los cinco siguieran gobernando el reino; Salazar y Chirinos no podían conformarse con que los otros siguieran frustrándoles sus designios, así es que para acabar de perderlos, por un medio diabólico, se ganaron la amistad de Rodrigo de Paz, primo de Cortés y el hombre más poderoso de México, á quien aquel había dejado encargada su hacienda. Con esto declararon luego que los tres gobernadores quedaban privados de su empleo, lo que ocasionó un tumulto que los obligó á restablecerlos. Mas sosegado el pueblo, los depusieron en fin, y Rodrigo de Paz prendió á Zuaso, á quien envió á Medellín para que de allí pasara á Cuba, con lo que quedaron dueños del gobierno. Nuevos temores asaltaron á Salazar y Chirinos, cuando supieron que Estrada y Albornoz habían salido de México, pues creyeron que éstos se iban á unir con Gil González y Francisco de las Casas, grandes amigos de Cortés, para venir sobre ellos. Salió Chirinos en su seguimiento y los condujo presos á México, en donde cometieron con ellos grandes tropelías, lo mismo que con los demás habitantes de la ciudad, todo á la sombra de Rodrigo de Paz. Viendo, en fin, aquellos, que el auxilio de éste no les era ya necesario, proyectaron perderlo también, para lo cual, después de varios medios de que se valieron, exparcieron la noticia de que Cortés había muerto á manos de los indios con casi todas las tropas que había sacado de México, y viendo que esta superchería, que ellos trataron de hacer pasar por cierta haciendo honras á Cortés y mandando que se las hiciesen en los demás puntos, no podía ser desmentida, se dirigieron luego á la casa de Paz, le intimaron la orden de que les diese una suma que Cortés debía al Emperador; y resistiéndose aquel á ello le aplicaron el tormento que sufrió sin resolverse á entregar nada, por lo que lo man-

daron á la horca; y para que no llegara la noticia de tantas atrocidades, ni á España, ni á oídos de Cortés, mandaron orden á los puertos para que no se permitiese, ni la salida, ni la entrada á nadie.

Esto pasaba á fines de 1524 y principios de 1525, y los amigos de Cortés que veían que el reino caminaba rápidamente á su disolución, varias veces habían intentado darle aviso de lo que pasaba en México; habían mandado al capitán Medina, que fué muerto por los indios en Xicalango, y luego á Diego de Ordaz, que temeroso del fin del primero no quiso pasar adelante. Entretanto, Salazar y Chirinos seguían cometiendo tropelías inauditas: se habían echado sobre los retraídos de San Francisco,¹ por lo que Fr. Martín Valencia, juez eclesiástico, fulminó entredicho sobre la ciudad y salió para Tlaxcala de donde volvió presto, pues los gobernadores, intimidados, lo llamaron. Estas turbulencias hubieran continuado, si Cortés no hubiera acelerado su vuelta á México, á consecuencia de haber tenido noticia de ellas por el capitán que con pliegos de Zuaso mandó á Honduras la Audiencia de la Isla Española que había sabido la noticia falsa de su muerte. Mas antes de pasar adelante, diremos, que Cortés en su viaje á Irueras dió muerte á Cuauhtemotzín, juntamente con los reyes de Texcoco, Tlacopan y Azcapotzalco.² Salió Cortés en el mismo buque que le llevó noticias de México, habiendo enviado antes á Sandoval por Quauhtemalan, y á Dorantes su page con pliegos en [que revocaba el nombramiento de Salazar y Chirinos; y él se embarcó en el mismo buque que le había llevado noticias de México; mas el mal tiempo alargó extraordinariamente su navegación, retardando su llegada. Entretanto la noticia de la sublevación de Oaxaca, obligó á Chirinos á abandonar á México y dejar sólo á Salazar en el Gobierno. El pueblo se amotinó al ver que quedaba con el más cruel de los dos; los retraídos de San Francisco formaron luego el proyecto de quitarle el mando, proyecto que llevaron á cabo después de varios motines. Salazar fué puesto preso, y Estrada y Albornoz volvieron á apoderarse del gobierno.

Llegó en fin Cortés á México, donde se encontró con nuevas gracias que sus procuradores en la corte habían solicitado del Emperador para él; deshizo cuanto Salazar y Chirinos habían hecho, y el 2 de Julio de 1526, recibió á Ponce de León, á quien el Emperador le mandaba de juez de residencia con orden de examinar todas sus acciones, movido á ello por los informes que los anteriores gobernadores le habían dado de Cortés. Recibió éste al nuevo juez con agrado y le hizo dimisión de su cargo con buena voluntad; más Ponce de León murió á poco, dejando su cargo al Lic. Márquez de Aguilar, quien habiendo muerto también muy pronto lo depositó en manos de Estrada. Éste (1526), viéndose ya con el mando supremo, le declaró una guerra encarnizada á Cortés; lo acusó en la corte de haber envenenado á Ponce de León; puso en libertad á Salazar y Chirinos, é incansable su odio contra Cortés, le hacía nuevas imputaciones. Cansado el Emperador de tantas quejas, nombró, en fin, una Audiencia, cuya jurisdicción se extendiera á todo lo que hasta allí era llamado Nueva España. En esto llegaron á México bajeles de España, en que salieron procuradores de los émulos de Cortés con nuevas acusaciones contra él, de tal naturaleza, que se trató en España de mandar á Pedro de la Cueva, hermano del conde de la Giruela á que le cortara la cabeza; más dió la casualidad que en ese tiempo llegara á Sevilla Pedro de Alvarado, que junto con Fr. Diego Altamirano y Pedro de Salazar, pasó á desmentir cuantos cargos se le hacían al conquis-

¹ Estos se habían ido á guarecer á San Francisco en los días que se sublevó México por la deposición de Estrada, Albornoz y Zuaso.
² Acción bárbara que aun el mismo Gomara le vitupera á Cortés. Esta tuvo efecto el 28 de Febrero de 1525, madrugada del martes de Carnaval. Este refiere el hecho á su favor; mas casi todos los historiadores opinan que no tuvo razones suficientes para hacerlo, y que obró en esto con una ligereza que siempre será reprobada por todo hombre sensato.

tador. En esto Nuño de Guzmán, que era ya poseedor de la provincia de Pánuco, por resentimientos particulares contra Cortés y Estrada, mandó á la corte á Sarniego con nuevas acusaciones, de las que resultó que lo nombraran presidente de la nueva Audiencia.

Así pasó el año de 1527; en el siguiente, el Emperador, que no hallaba medio para sacar á Cortés de México y hacerlo pasar á España, para cerciorarse de si en lo que decían los otros tenían justicia, le mandó que pasase á la corte para acabar de arreglar el gobierno de Nueva España. Así lo hizo Cortés, y después de prevenida una embarcación soberbia, salió de Veracruz, y ántes de que los nuevos oidores se hicieran á la vela entró él en el puerto de Palos, donde murió Sandoval. Allí concurrió con Pizarro, y allí le atacó una fiebre violentísima que lo puso en las puertas del sepulcro y retardó su llegada á la corte. El Emperador lo visitó en su enfermedad, de la que restablecido, le presentó sus memoriales; se le confirmó en la capitania general, mas no en la gobernación, pues se negó á ello el Emperador, alegando que ni á Gonzalo de Córdoba se la habían concedido sus abuelos en Nápoles: se le concedió el 6 de Julio de ese año el marquesado del valle de Oaxaca y la duodécima parte de lo que en adelante conquistase; se le ofreció además el reino de Michoacán; más él rehusándolo, se contentó con el señorío de los lugares siguientes: *Quauhnahuac, Huayaxic, Tecoahtepec, Coyoaacán, Mataleíno, Atlacupaya, Itzocán, Huauhtepec, Utlatepec, Ellán, Xalapan, Texquilapa, Coyoaacán, Calimaya, Antepes, Tepoztlán, Cuixtlapan, Acapiztlán é Ixcaplan*. Hizo otras muchas peticiones á Carlos V, todas las cuales le fueron otorgadas.

La nueva Audiencia había llegado á México y se había declarado luego contra las disposiciones que en favor de Cortés diera el Emperador, embargaron sus bienes so pretexto de que debía grandes sumas al erario, y habiendo sabido entónces la buena acogida que le había hecho el Emperador, convocaron en 1529 una junta, á la que vinieron los procuradores de todo el reino, y que tenía por objeto impedir la vuelta del marqués. Reunida esta junta comenzó sus sesiones; más viendo Nuño de Guzmán que los partidarios del marqués todo lo retardaban, entró un día á la sala en que se reunían, y habiendo echado á aquellos, nombró á Bernardino Vázquez de Tápia y Antonio Carbajal procuradores de México, con lo que hicieron luego una representación al Emperador, en que entre otras varias peticiones, le hacían la principal que era que impidiese la vuelta del marqués, cuyos bienes habían vendido ya apresuradamente. Más por otro lado los obispos de México y de Tlaxcala informaron al Emperador de que todo aquello no era más que enemistad que le tenían al marqués, y de las tropelías sin número que estos cometían diariamente. Con todo esto, el Emperador se desengañó de que la mayor parte de las acusaciones que se le habían hecho contra Cortés no habían provenido sino de envidia: le dió nuevas muestras de su agrado; mandó disolver la nueva audiencia; le concedió la duodécima parte de las islas que se descubrieran, y le hizo nuevas donaciones. El marqués, par su parte, solicitó nuevas mercedes, las que habiéndole sido concedidas, se encaminó para Sevilla con su esposa Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, pues se había vuelto á casar esta vez, muerta ya su primera muger D^a Catalina Xuárez.

Era ya tal el número de las acusaciones que contra Nuño de Guzmán, presidente de la Audiencia, y contra los otros oidores llegaban al Emperador de casi todos los puntos de la Nueva España, que le determinaron á disolverla; más como en este tiempo estaba para partir á Flándes, dejó aquel encargo á la Emperatriz. Esta señora, nombrada la nueva Audiencia, cuyo presidente lo era D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de la isla española, mandó que se estableciese un virreinato en

Nueva España, para el que nombró á D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, y dió orden al marqués del Valle para que no abandonara á España hasta la salida de la nueva Audiencia. El marqués, no obstante esto, volvió antes á México, en donde Guzmán y los oidores seguían gobernando tiránicamente, y su vuelta causó gran júbilo.

Por esta vez el marqués tuvo nuevas discusiones con la Audiencia que había entrado en México ya sin su presidente; más á la llegada de éste y del virey D. Antonio de Mendoza, calmaron aquellas. Desde entónces Cortés se ocupó exclusivamente en mandar expediciones á nuevos descubrimientos; mandó una á los descubrimientos de las islas del mar del Sur, la cual se perdió, y habiendo mandado luego otra en su busca, cuyo éxito fué casi tan infeliz como el de la primera, se determinó á salir él mismo. Se embarcó en Tehuantepec, y después de una navegación penosísima, descubrió las Californias y entró en su Golfo, por lo que éste tomó el nombre de *mar de Cortés*. De aquí volvió á México instado por D. Antonio de Mendoza, y por los ruegos de su esposa la marquesa Doña Juana de Zúñiga; y viendo que con el establecimiento del nuevo gobierno su autoridad era ya casi nula, volvió á España en 1540 con su hijo el mayorazgo, y con D. Martín Cortés su hijo natural habido en Doña Marina, fastidiado y casi obligado á hacer aquel viaje, con el objeto de interesar al comendador Cobo y á Loaiza para que solicitasen del Emperador nuevos ensanche á su autoridad en la Nueva España. Estando allí concurrió á la expedición de Argel, de vuelta de la cual, y ya por los años de 1547, abandonó la corte, cansado ya de no conseguir nada en ella. Con el designio de volver á México se dirigió á Sevilla; más á una legua de distancia de ésta, en un lugar llamado Castilleja de la Cuesta, murió el 2 de Diciembre de 1547; así acabó el mayor conquistador del Nuevo Mundo, devorado por el fastidio y el despecho, y dejando una sucesión que se ha perpetuado hasta nuestros días.

Mandó que sus cenizas se trajesen á su muy amada villa de *Coyoaacán*: así se efectuó, y de aquí pasaron al Hospital de Jesús de esta ciudad, en donde permanecieron, hasta que un mexicano fué á turbar su reposo para mandarlas á Europa.

Bernal Díaz del Castillo, nos ha dejado el siguiente retrato de Cortés, á quien no solamente conoció, sino que trató desde su salida de Cuba hasta su segunda vuelta á España: "Fué (Cortés), dice, de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenía algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto, y la espalda de buena manera; y era ceñejo, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen ginete, y diestro de todas armas, así á pié, como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la Isla Española, fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecía, más cubriánselo las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversación, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor....."

Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez....."

Cuando juraba: "en mi conciencia," y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos, le decía: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado arrojaba una manita, y no decía palabra fea ni injuriosa á ningún capitán, ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala; y aunque había materia para ello, lo más que le decía era; callad, ó idos con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra....."

..... y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros." Hasta aquí el sincerísimo Bernal Díaz del Castillo.—R. I. ALCARÁZ.

NOTA.—En esta biografía omitió el Sr. Alcaráz las circunstancias que concurrieron en el suplicio de Cuauhtemoc, las cuales constituyen una de las páginas más gloriosas del esforzado emperador. (Véase Cuauhtemoc).

Cortés Francisco (Conquistador). D. Francisco, primo de Don Hernando, salió de Colima en 1526; y yendo por Zapotitlán, Tuscacuesco, Autlán, Tenamastlán, Tecolotlán y Ameca, conquistó la región que se extiende desde el Valle de Ahualulco hasta Tepic, y regresó por Jaltemba, y Costa del mar, á los valles de Banderas, los Frailes y los Coronados.

Cortés D. Martín. Segundo marqués del Valle (Véase Conjuración del Marqués del Valle).

Corteses. Rancho de la comprensión del pueblo de Santa María de los Angeles, municipalidad de Colotlán, octavo cantón del Estado de Jalisco.

Cortijo. Barrio de la municipalidad y Distrito de Ixmiquilpan, Estado de Hidalgo, con 540 habitantes.

Cortijo. Hacienda de la municipalidad de Zapotiltic, noveno cantón (C. Guzmán), Estado de Jalisco.

Cortijo. Hacienda de la municipalidad de Zacualpan, Distrito de Sultepec, Estado de México, con 446 habitantes.

Cortijo. Rancho del municipio de Ayutla, Distrito de Allende, Estado de Guerrero.

Cortijo. Rancho de la municipalidad de Tala, cantón de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Cortijo. Tres ranchos del Estado de Michoacán: uno con 287 habitantes en la municipalidad de Coeneo, Distrito de Puruándiro.—Otro de la municipalidad de Tancitaro, Distrito de Uruapan, y otro de la municipalidad de Tajimaroa, Distrito de Zinapécuaro, con 59 habitantes.

Cortijos. Celaduría de la alcaldía de Guatínipa, Distrito de Badiraguato, Estado de Sinaloa.

Cortijos Santa María. Pueblo y municipalidad del Distrito de Jamiltepec, Estado de Oaxaca, con 999 habitantes, de los que 500 son hombres y 499 mujeres, por lo cual es ayuntamiento compuesto de un presidente, cuatro regidores y un síndico procurador. Pertenece esta parroquia al Obispado de Chilapa, Estado de Guerrero.

Situación topográfica.—No tiene cerros. El pueblo está ubicado en terreno plano, y toda su jurisdicción son lomas insignificantes y llanuras extensas.

Este pueblo está situado entre árboles frutales. Sus habitantes, como de raza africana, son indolentes, poco afectos al trabajo y muy dados á los vicios, principalmente al de los licores espirituosos. Se dedican á la agricultura en muy pequeña escala, y pagan sus contribuciones con exactitud. Las enfermedades reinantes son las intermitentes benignas, y las gastro-enteritis.

Límites.—Confina al N. con el pueblo de Llano Grande; al O. con Cuajinicuilapa del Estado de Guerrero; por el E. con Santo Domingo, y por el S. con Tapexitla.

Extensión.—La extensión superficial del terreno es de